

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL:

Luis González y González

Sillón: 6

27 de marzo de 1973

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Wigberto Jiménez Moreno

Hacia una teoría de la microhistoria

Luis González y González

Conociéndolo como lo conozco no habría votado por Luis González para académico. El que no tiene traza de historiador solemne no la adquirirá porque ingrese a la ilustre Academia Mexicana de la Historia, se vista de smoking, dé las gracias a sus electores y lea un discurso de recipiendario. Quizá mi predecesor, no por falta de sabiduría como yo, tampoco tenía consigo las notas de seriedad específicas del académico. Si Francisco de la Maza se dejaba decir de sus colegas Paco de la Maza y sus alumnos se permitían barajar las letras de su nombre para hacerlo Pico de la Musa y Poco de la Misa es porque no tuvo la tiesura atribuida al académico.

Él jamás tomó en serio el pomposo nombre de doctor don Francisco de la Maza y de la Cuadra; jamás hizo alarde de la noble ciudad de San Luis Potosí donde nació el 8 de mayo de 1913, en plena revolución de tierra y gente. El volcán de Colima inaugura el año con tremendo eructo. Poco después estalla en la capital aquel cuartelazo que reduce al silencio a dos figuras mayúsculas (al general Reyes y al presidente Madero); pone en el trono al iracundo Victoriano Huerta, y en pie de guerra, a muchísimos compatriotas. La contrarrevolución reinstala a la revolución en 1913. Años menos agitados que aquél, pocos, y esos pocos fueron los de 1914, 1915 y 1916. De la Maza vio la primera luz enrojecida por la sangre y el fuego. Cuando lo conocí en 1948 me dejó la impresión de ser un hombre en busca de refugio, nostálgico de la quietud y multiocupado en escribir muchas cosas para obtener el cariño de sus prójimos. Tenía un espíritu intenso y desasosegado; era sensible e inteligente.

De las cauces que frecuentó, tres lo hicieron justamente famoso: la cátedra, la defensa del patrimonio artístico y la literatura histórica. Desde 1945 enseña arte colonial a los alumnos de Filosofía y Letras de la UNAM y, poco después, hace igual en El Colegio de México. Mientras otros pedían veneración para algunos de los grandes genocidas con rótulo de héroes que ha producido nuestra patria, él propalaba el culto a los mexicanos productores de belleza. Su saber lo impartía generosamente no sólo en aulas repletas de estudiantes. Muchos, como yo, le aprendimos en el camino y en el café. Era un excelente cicerone y un conversador

estupendo. Siempre y dondequiera fue escuchado y aplaudido por la juventud.

Cuando la Revolución se baja del caballo, se sube en automóvil y le da por abrir avenidas y cuando una casta de nuevos ricos, por afán de lucro o por simple barbarie, intentan destruir obras de arte para construir en su lugar fuentes de dinero, Paco de la Maza se convierte en un furioso defensor del patrimonio artístico nacional y consigue más de una vez preservar las riquezas espirituales amenazadas.

Desde 1941 don Manuel Toussaint lo incorpora al Instituto de Investigaciones Estéticas y a su sombra investiga durante treinta años sin tregua ni descanso. Su profesionalismo, oficialmente reconocido al concederle la maestría en 1943 y el doctorado en 1953, su gusto por la historia y sus capacidades de comprensión y expresión, lo hacen un publicista fecundo (de los de a libro por año), hondo (de los que ven las entrañas intelectuales de los hechos) y muy leído (de los que no deambulan, como diría el maestro Arturo Arnáiz y Freg, entre la tumba de los archivos y la tumba de las bibliotecas).

Su temario fue enorme. El afecto a la Décima Musa produjo *El convento de Sor Juana*. Del interés en dilucidar uno de los símbolos mayores de la nación resultaron dos obras espléndidas: *Los evangelistas de Guadalupe* y *El guadalupanismo mexicano*. Cuando apareció en público se dijo que sería el autor del gran libro sobre el barroco mexicano. Lo fue de más de uno, y además del barroco español en sus *Cartas barrocas desde Castilla y Andalucía*. Muerto don Manuel Toussaint quedó de señor indiscutido del arte de la Nueva España. Fue también, una vez cada diez años, un microhistoriador de los que marcan nuevos rumbos a la historia urbana. En 1939 publicó *San Miguel de Allende*; en 1948, *La Ciudad de Durango*; en 1959, *La ciudad de Cholula y sus iglesias*, y hace poco, *La ciudad de México en el siglo XVII*.

Las tres historias

Para cumplir con la obligación de leer un discurso que me acredite —o desacredite— como académico he escogido como tema el resorte microhistórico de Paco de la Maza. Sé lo que no sé y me asusta reflexionar sobre algo perteneciente a mi afición que no a mi competencia. Hubiera querido lanzarme al asunto de mi disertación apoyado en muchos decires célebres, pero por falta de tiempo y porque la literatura sobre la microhistoria es pobre, me echo a caminar casi sin andaderas.

Dicho sea con temor, el género histórico es múltiple. Supongo que a nadie le costará trabajo coincidir con Braudel: "No existe una historia, un oficio de historiador, sin oficios, historias, una suma de curiosidades, de puntos de vista." Tampoco es arduo convenir con Cervantes en las tres funciones de Clío: testigo del pasado, ejemplo y aviso para el presente y advertencia para el porvenir. También es fácil aceptar de Nietzsche que esa triple función ha procreado tres historias: anticuaria, monumental y crítica.

La última es la más ambiciosa y campanuda. Nace en la porción más elevada del ser humano, surge de la cabeza. Reconoce como fundador a Tucídides. No sólo juzga, también se propone llegar a las últimas causas del acontecer histórico para poder predecir y aun enderezar el rumbo de los sucesos. Uno de sus fines es librarnos de la cadena. En la época medieval anduvo de la mano con la teología de San Agustín. Más tarde le negó a Dios el derecho y el poder de meterse en el quehacer humano y se escudó en la filosofía de la historia y en las ciencias sistemáticas del hombre. Hoy en día su principal misión parece ser la de ratificar o rectificar las regularidades que vislumbran los filósofos y los científicos sociales en el discurrir histórico y responder a la pregunta ¿a dónde vamos?, pretende ganar la presidencia del porvenir, el premio ofrecido por Comte a la "doctrina que explique suficientemente el conjunto del pasado".

La historia monumental es menos pretenciosa. Mientras aquélla se mueve en un ámbito universal, ésta suele circunscribirse al nacional. No generaliza como la crítica. Gusta más de los hechos relampagueantes que de las opacas estructuras. Prefiere los tiempos cortos a los largos. La guía una intención pragmático-ética. Ve en las cumbres de la existencia pasada un depósito de modelos para la acción futura. Es la historia de bronce, maestra de la vida, escuela de la política, preparación para el gobierno de las naciones, pilar del nacionalismo. Según Valery

es el producto más peligroso entre los producidos por la química del intelecto humano. Sus propiedades son muy conocidas. Hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene sus antiguas llagas, los hace sufrir en el reposo, los conduce al delirio de grandezas o al de persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas. No enseña rigurosamente nada, porque engloba todo y da ejemplos de todo.

Un análisis magistral de la historia de bronce se haya en don Edmundo O'Gorman, en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*.

La especie anticuaria es la Cenicienta del cuento. Fluye de manantial humilde; se origina en el corazón y en el instinto. Es la versión popular de la historia, obra de aficionados de tiempo parcial. La mueve una intención piadosa: salvar del olvido aquella parte del pasado propio que ya está fuera de ejercicio. Busca mantener al árbol ligado a sus raíces. Es la historia que nos cuenta el pasado de nuestra propia existencia, nuestra familia, nuestro terruño, de la pequeña comunidad. No sirve para, hacer, pero si para ser. No construye, instruye. Le falta el instinto adivinatorio. No ayuda a prever; simplemente a ver. Su manifestación más espontánea es la microhistoria o historia parroquial.

Raíces vitales de la microhistoria.

Sin temor a equivocarse se puede decir que los historiadores anticuarios siempre han sido más numerosos que los monumentales y los críticos. Son más en la vida que no en la literatura. Son más aunque pesen menos. Dispersos en miles y miles de comunas ni se les nota, ni se les cuenta. Incluso, cabe afirmar sin demasiada exageración que todos los seres humanos son microhistoriadores. El recordar las personas y los hechos del terruño y la estirpe es algo que todo mundo ejecuta cotidianamente. Ni siquiera es concebible una familia, una aldea, un barrio y mil formas más de congregación minúscula, sin deslizamientos hacia el recuerdo microhistórico. Cada grupo de gente unida por lazos de parentesco sanguíneo o espiritual construye normalmente su historia. En otras palabras, la historia local o microhistoria apenas se distingue de la existencia local.

Por lo mismo, pertenece al reino del folclor, es de la estirpe de Marsyas, el sátiro de la flauta desollado vivo por Apolo, por el aristócrata de la citara. Las historias locales ocupan en la república de la historia un lugar semejante al ocupado por corridos y canciones la república de las letras. A la microhistoria hay que verla como expresión popular. Sólo así se comprende que sus practicantes sean muchos aficionados y pocos profesionistas. No es que la hagan escribir anónimos, como pasa con los corridos, pero si escritores de la plaza pública que no de la torre de marfil. No importa de qué grupo social sean, pero sí que no sean únicamente intelectuales. Casi nunca reciben su soldada de instituciones universitarias aunque es frecuente que vivan de algún mecenas rico y poderoso. Admiten los adjetivos de amateur, paniaguado y bohemio. No mantienen un contacto regular con sus congéneres. En los cafés y cantinas se mezclan con todo mundo. Rara vez comparten la vida de una sociedad sabia o escriben en periódicos

científicos. No es insólito que pertenezcan a una bohemia donde se intercambien productos intelectuales de valía popular y no oculta, donde se recite sin rubor "El brindis del bohemio". Por lo demás, es difícil definirlos porque a la mies microhistórica acuden operarios de muy desigual condición. Unos son abogados, sacerdotes, médicos, poetas, políticos o personas que apenas saben leer y escribir. Y sin embargo es posible rastrear en ellos algunos rasgos comunes: quizá el más notorio sea el ego emocional, la actitud romántica.

Emociones que no razones son las que inducen al quehacer microhistórico. Las microhistorias manan normalmente de un amor (a veces ferocidad amorosa) a las raíces, de un amor melancólico, como aquel de Manuel Machado:

Me siento a veces triste...
Mi pensamiento entonces
Vaga junto a las tumbas de los muertos, Y en torno a los
cipreses y los sauces
que abatidos se inclinan... y me acuerdo.

En Herodoto se lee que Ripias, de haberse soñado acostado con su madre, deduce que regresará a su tierra natal, a la ciudad de Atenas. El amor a la patria chica es del mismo orden que el amor a la madre. Sin mayores obstáculos, el pequeño mundo que nos nutre y nos sostiene se transfigura en la imagen de la madre, de una madre ensanchada. A la llamada patria chica le vendría bien el nombre de patria, y a sus vecinos, patriotas. Y a la historia que reconstruye su dimensión temporal podría llamársele, en vez de microhistoria, historia patria para recordar su raíz. La psicología profunda quizá encuentre en la historia local una manifestación del deseo de volver al seno materno. Cabe relacionar el impulso a la quietud con la vocación microhistórica. Nietzsche asegura: "La historia anticuaria sólo tiende a conservar la vida; no a engendrar otra nueva." Casi siempre el cronista de pueblos y ciudades pequeñas es un anticuario asido a su tradición, deseoso de mantener en el recuerdo, que no necesariamente en la vida, lo que no tiene futuro por "pequeño, restringido, envejecido y en trance de caer hecho polvo". La intención del microhistoriador es sin duda conservadora: salvar del olvido el trabajo, el ocio y las creencias de nuestros mayores. Puede ser simultáneamente revolucionaria: hacer consciente al lugareño de su pasado propio a fin de vigorizar su espíritu y hacerlo resistente al imperialismo metropolitano que sufren la mayoría de las naciones, y desde luego la nuestra.

Seria iluso pensar que las microhistorias únicamente nacen del pueblo promovidas por sentimientos nostálgicos y edípicos o por propósitos ya conservadores, ya revolucionarios. No todo aquí es hijo de la pasión o de la necesidad vital. Cada vez son más los microhistoriadores no vocados, los ociosos que hallan quehacer en la microhistoria, los pobres que con ella obtienen lucro, los desconocidos a quien ella les dé nombre, los meros repetidores de un oficio muy antiguo que tiene un campo de acción, un método peculiar y un círculo de lectores.

El fondo microhistórico

La microhistoria reconoce un espacio, un tiempo, una sociedad y un conjunto de acciones que le pertenecen. En la historia crítica lo básico es el tiempo, la oposición entre unas épocas y otras. En la historia local lo importante es el espacio.

En términos generales, el ámbito microhistórico es el terruño: lo que vemos de una sola mirada o lo que no se extiende más allá de nuestro horizonte sensible. Es casi siempre la pequeña región nativa que nos da el ser en contraposición a la patria donadora de poder y honra. Es la tierruca por el cual los hombres están dispuestos a hacer voluntariamente lo que no hacen sin compulsión por la patria: arriesgarse, sufrir y derramar sangre. Es la patria que las más de las veces posee fronteras naturales, pero nunca deja de tener fronteras sentimentales. Puede ser un pequeño cuerpo político perfectamente delimitado por accidentes naturales; pero también es posible que sea una multitud de islotes familiares muy alejados entre sí, pero oriundos de la misma comunidad; por ejemplo, las familias emigradas de San José de Gracia a una docena de ciudades de México y los Estados Unidos.

La unidad social actuante en la historia local la constituye generalmente un puñado de hombres que se conocen entre sí, cuyas relaciones son concretas y únicas. El actor colectivo es la tribu entendida en sentido lato. El actor individual es el hombre poco importante o del todo insignificante a escala nacional o internacional. El innovador o inventor desconocido más allá de su terruño, el héroe de alguna emboscada, el bandido generoso, el bravucón, el mártir olvidado por la curia romana, el deportista que no aparece en los fastos del deporte, el mentiroso del pueblo, el cacique, el cura, el alcalde, el benefactor que regala una de las bancas del templo o del jardín, el curandero, el brujo, la comadrona, el comisario ejidal y otras cabezas de ratón.

¿Cuáles son los hechos historiables y cuáles los inhistoriables para el microhistoriador? Los historiadores locales parecen pecar por exceso. Llenan sus libros con demasiados triqués. La especie microhistórica es muchas veces todista porque el espíritu anticuario rara vez distingue entre lo importante y lo insignificante, entre lo que influye, trasciende o tipifica y lo que es mera cháchara. Las microhistorias muy a menudo son acumulaciones de todos los vestigios del terruño, movidas por el afán de ver a los ancestros en toda su redondez. Son muy raras las historias locales sin polvo y paja. Lo común es que descubran las raíces con la costra del 'simio donde estaban inmersas, sin limpiarlas de lo que traen pegado. Esto no se contradice con el hecho de que la microhistoria busque sobre todo lo cotidiano, lo que sin duda pareció natural e irrelevante en su época.

La microhistoria no puede evitar ser un poco geografía y un poco geografía y un poco biología; le da cabida a hechos del mundo histórico natural. Será porque los pueblerinos, al decir del maestro José Miranda, se integran profundamente con la tierra y de dicha integración derivan su personalidad y su función. Por lo que sea, la microhistoria rara vez prescinde de dar noticia del relieve, clima, suelo, agua, flora, fauna, sismos, inundaciones, sequías, endemias, epidemias y otros temas de la misma índole. También es frecuente en nuestros días, que por contagio de las ciencias antropológicas, se traten aspectos raciales: índices encefálicos, tipos sanguíneos, color de piel y cosas por el estilo.

Por lo demás, la historia local no es insensible a la moda de los temas culturales. Por muchos años, como a sus hermanas, le obsesionó el poder y la política. En otros momentos tuvo especial predilección por las batallas y los soldados. Como las sociedades modernas son esencialmente económicas, hoy la preferencia lo tiene el tema económico. Algunos historiadores locales admiten ya la primacía de lo económico. También obsesionan hoy las relaciones familiares. Todo sin menoscabo de los asuntos de siempre, del religioso por ejemplo. En la microhistoria siguen ocupando un sitio prominente creencias, ideas, devociones, sentimientos y conductas religiosas. Lo mismo cabe decir del ocio y la fiesta.

Viaje de ida y vuelta

Como las demás ciencias históricas, la micro no puede prescindir del rigor, de la prueba, de la aproximación a lo real. Con todo, las crónicas locales gozan la triste fama de estar colmadas de amor al terruño y ayunas de verdadera investigación científica. Los teóricos encuentran la raíz del fenómeno en la falta de profesionalismo de los cronistas locales, lo que no

es del todo exacto. Casi todo microhistoriador sabe que la vida que busca sólo la encontrará en restos y testimonios tras de someterlos a un riguroso análisis, a una serie de complejas operaciones heurísticas, críticas y hermenéuticas.

En reuniones, en charlas, en prólogos, en voz baja y a gritos los sabios de provincia se quejan de la endeble carreta de que disponen para ponerse en contacto con sus difuntos. La gente y los hechos importantes, materia de las otras historias, dejan muchas huellas de su paso. No así la gente humilde y su vida cotidiana. Cicatrices terrestres hechas por el hombre, vestigios arqueológicos, papeles de familia, registros parroquiales, libros de notarios, crónicas de viaje, censos, informes de munícipes y gobernadores, estatutos, reglamentos, leyes, periódicos y tradición oral, las fuentes más frecuentadas por el microhistoriador, son tenues rayos de luz escasos y de difícil acceso casi siempre. En muchos lugares no hay biblioteca ni archivo y la tarea de recopilar pruebas es muy ardua. La tradición oral ayuda, pero no suple la ausencia o la dispersión del monumento y del documento.

Salvo algunas tribus ágrafas donde existe un memorizador encargado de aprender la relación de los hechos transmitidos por memoriosos oficiales y añadirle nuevas noticias y pasarla añadida al memorizador que lo sucederá, la tradición oral se reduce a rumores cortos y versátiles sobre hechos y personas recientes, con una antigüedad máxima de uno o dos siglos. Por otra parte, las tradiciones orales son cada vez menos y más pobres, quizá porque la escuela ha dado en desdeñar el cultivo de la memoria, quizá por el atiborramiento de noticias provenientes de la radio y la tele. La tradición oral está perdiéndose. Es necesario apresurarse para recoger sus últimas manifestaciones.

Con pocos testimonios y sin ayuda para obtener provecho de las fuentes de conocimiento histórico, el anticuario está en gran desventaja con respecto a sus colegas de la historia crítica y de la historia monumental. Éstos se sirven de un gran ejército de genealogistas, bibliógrafos numismáticos, arqueólogos, sigilógrafos, lingüistas, filólogos, cronólogos y profesionales de las disciplinas conexas de la historia. Aquél se tiene que rascar con sus propias uñas, necesita jugar muchos papeles, se ve obligado a ser un detective general con escasas y borrosas huellas, y sin laboratorio ni laboratoristas.

Muchos aspirantes a microhistoriadores naufragan en la etapa recolectora de pruebas. Otros se hunden en las operaciones críticas. Las

normas generales para establecer la autoría, la integridad, la sinceridad y la competencia de documentos y monumentos no siempre son útiles en la práctica microhistórica. "Los historiadores de provincia, según dicho de don Rafael Montejano, somos ermitaños reclusos en las cavernas de una problemática muy compleja... En nosotros se ha hecho verdad lo que cantó Machado":

Caminante: no hay camino, se hace el camino al andar...

En ninguna especie historiográfica se dan tantos abortos como en la microhistoria. Aquí abundan las obras a medio hacer: meras compilaciones documentales sin aparato crítico, o sumas críticas de documentos ayunas de interpretación, o retahílas de hechos en desorden. Aunque según Nietzsche el espíritu anticuario "no puede percibir las generalidades", y según Trevelyan en la anticuaría interesan más "los hechos particulares" que sus relaciones de causa, el microhistoriador no puede dispensarse de la tarea interpretativa, de la interpretación teleológica.

La piedad por lo que ha sido exige un gran esfuerzo hermenéutico. El historiador monumental cumple si explica los hechos por causalidad eficiente, y el historiador crítico por la vía de la causalidad formal. Pero el que quiere revivir intelectualmente la tradición olvidada necesita comprender, unir los acontecimientos a sus autores y acudir a móviles y motivos. Tengo para mí que la comprensión de las personas es la estación más importante del viacrucis microhistórico, y también la más difícil y menos fecunda. La resurrección de nuestros difuntos requiere recubrir sus huesos de carne y espíritu, tarea en la que, aparte de la psicología, las ciencias ayudan muy poco.

Al tratar de comprender entre uno en el camino misterioso de la inspiración y por él camina durante todo el viaje de vuelta. La anticuaría es ciencia en las etapas recolectora, depuradora y hermenéutica, y arte en las siguientes. Strachey solía decir: "los hechos, si son reunidos sin arte, son meras compilaciones, y las compilaciones sin duda pueden ser útiles, pero no son historia, así como la simple adición de mantequilla, huevos, patatas y perejil no es un omelette".

En palabras de Eric Dardel, la micro "pertenece a la narración como el cuento y la epopeya. Exponer la historia concreta es siempre de algún modo contar historias". Por esto no se justifican algunas arquitecturas monstruosas, como las de diccionario y efemérides, en las que la historia

provinciana suele caer. Por lo mismo, tampoco es justo dejarse llevar a la hora de escribir por el estilo oratorio que le viene bien a la historia monumental, o el estilo más o menos científico que aguanta sin sobresaltos la historia crítica. Lo común en microhistoria es la expresión inspirada en la coloquial. Ni la pompa del pico de oro ni la desnuda monserga de los científicos, sí el habla de los buenos conversadores.

Uso público de la microhistoria

No obstante que la literatura microhistórica circula normalmente en ediciones de corto tiraje, mal diseñadas y bien surtidas de errores tipográficos, a la microhistoria, como a la Cenicienta del cuento, le ha acontecido el reconocimiento de sus virtudes. Lo que fue hazmerreír de los cultos, entra ya en una etapa revalorizadora. A todo santo se le llega su fiesta. Aquí en México, la llamada de atención la hizo don Alfonso Reyes en carta escrita a don Daniel Cosío Villegas, en la que se lee:

Es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales... [en ellos] están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes. Muchos casos nacionales se entenderían mejor procediendo a la síntesis de los conflictos y sucesos registrados en cada región.

Don Alfonso Reyes le concede un valor sólo ancilar a la historia patria, la ve únicamente como apoyo de la historia patria. Lo mismo piensan Lucien Febvre y la mayoría de los historiadores monumentales y críticos. También le han reconocido virtudes de criada, sociólogos, economistas y demás ejecutantes de las ciencias del hombre, y quizá más que ninguno los antropólogos, aun los estructuralistas más extremados.

Antes que ellos, los pedagogos le atribuyeron la virtud de ser un buen aperitivo para las criaturas que padecen de inapetencia histórica monumental. Como el amor a la patria chica está hincado en el corazón, la microhistoria les entra a los niños sin sangre, e incluso les gusta, y por añadidura los domestica para el aprendizaje de la historia de la nación. Todavía más, la escuela activa le concede otra virtud: permite enseñar historia haciéndola. Por lo que toca a la universidad, el profesor Finberg ha dicho que la historia menuda es un estupendo gimnasio para desarrollar los músculos intelectuales de los que aspiran a la profesión histórica.

También en el círculo popular gana cada vez más clientela. Un creciente turismo histórico consume la microhistoria con el mismo ánimo con que se zambulle en una alberca de aguas tibias. La micro es indicada

para los hombres ajetreados. Los enloquecidos por el hacer y los débiles de ser se desenajenan y robustecen.

Los moralistas se dejan seducir por la microhistoria porque en ella suelen encontrar un buen depósito de valores y virtudes humanas que las urbes han arrojado al bote de la basura. Según eso, en todos los Jerez del mundo, y no sólo en el de López Velarde, se puede espigar una luminosa pureza de costumbres, el sentido del humor respetuoso de las grandes tradiciones, el gozo de vivir sin brincarse las trancas y el espíritu de independencia sin estruendos de rebeldía.

Si no me importara aburrirlos dedicaría veinte minutos más al catálogo de los usos y virtudes de la historia pueblerina. Como quiera, el temor de cansarlos no me va a impedir una penúltima parrafada. La rememoración escrita de una localidad presta un gran servicio a esa localidad. Al hacerla consciente de su tradición la sustrae de ella y dilata el campo de sus posibilidades. La toma de conciencia histórica origina una auténtica catharsis, una liberación del peso del pasado. Y aunque no podamos medir sus efectos liberadores podemos asegurar, porque hay muchos indicios que lo demuestran, que una minisociedad concedora de quién es y cómo ha llegado a serlo, se hace más libre y crece y produce. Es como si la hubieran sometido al psicoanálisis.

En suma, el modo de narración esbozado aquí y que hasta hace poco no era admitido por la pedantería académica, es el más antiguo y frecuentado, el más folclórico y sentimental de los estilos históricos. La microhistoria es la especie histórica, que se ocupa de la aflorada patria la gente de tamaño normal y las acciones típicas y triviales del quehacer cotidiano. Es, desde otro punto de vista, la rama menos científica, menos arrogante y menos emperifollada de la frondosa Clío. Es, por último, la menuda sabiduría que hace libres a las minisociedades y las promueve para el cambio; vacuna a los niños contra el horror a los policías grandotes llamados héroes y caudillos; permite hacer generalizaciones válidas a los científicos de las ciencias humanas sistemáticas; proporciona viejas verdades a esos revendedores que son los moralistas, y procura salud a los prófugos del ajetreo.

Discurso de bienvenida a Luis González y González

Por el doctor Wigberto Jiménez Moreno.

Conozco al nuevo académico —cuyo "esquema de la microhistoria" acabamos de escuchar— desde hace más de 25 años; me liga con él afectuosa amistad. Sé que sus méritos son tantos para ocupar el sillón vacante por la desaparición del doctor Francisco de la Maza —no sólo historiador del arte, sino microhistoriador también— que justamente por ellos nuestra Academia lo cuenta ya entre sus miembros y le da, por mi conducto, la más cordial bienvenida.

Nacido en San José de Gracia, Michoacán —al sur del lago de Chapala, y suroeste de Cojumatlán—, es hijo de don Luis González Cárdenas, de 92 años, y de doña Josefina de los mismos apellidos, de 86, y nieto, por aquél, de don Gregorio González Pulido, no menos longevo, pues, advenido en 1850, vivía aún en 1938, al celebrarse el cincuentenario de la fundación de ese poblado. Entre abuelo y nieto hubo gran parecido físico y también en el carácter —bromistas uno y otro lo mismo que en el espíritu andariego e inquisitivo y en el sentido religioso (aunque en el vástago asoma un discreto escepticismo). Vio la luz el 11 de octubre de 1925 y aun no contaba un año cuando al mediar el de 1926 —el mismo en que ocurrió gran inundación en mi natal ciudad de León— las lluvias fueron tan abundantes, que se "rompieron los diques de defensa en la Ciénega de Chapala". Un año más tarde, sólo días antes de que Luis cumpliera los dos de edad, fue brutalmente incendiado su pueblo de origen, en castigo de que, tres meses hacía, había surgido en él un movimiento cristero que organizó su tío el padre Federico González, quien más tarde, desde 1937 hasta su muerte, a los 80 años, en 1969, realizó una acción benemérita para el progreso de San José, en amistosa colaboración con el gobierno del Estado y del país. Al incendiario, se ordenó que sus habitantes lo abandonaran, exiliándose a México, Jiquilpan, Ocotlán o Guadalajara. Por ello la familia González Cárdenas y sus hijos fueron a vivir en la última ciudad mencionada y Luis no regresó a su patria chica sino hasta poco después de los "Arreglos" del conflicto religioso, convenidos en junio de 1929, poco antes de cumplir cuatro años.

Muy pronto aprendió a leer y escribir —recibida de sus familiares la primera instrucción—, y cursó luego su primaria que terminó en 1938, trasladándose nuevamente, cerca ya de los trece, a la gentil Guadalajara pregallense. Previamente fue testigo de la recuperación que lograba su

"matria" pues —nos dice en *Pueblo en vilo*— "la destrucción fue una especie de poda. De no haber dejado ni personas ni casas en 1927...se pasó en año y medio a una población de 1 600 personas... repartidas en 200 escombros en proceso de reconstrucción". Por 1930 "la natalidad... sube a un nivel del 44 por millar al año". Las parejas recobran desenfrenadamente lo perdido en la trifulca. Mas esto sucede dentro de un marco de zozobra, ya que desde el año anterior principió intensa agitación en torno al agrarismo y en 1935 y 1936 se registró el mayor índice de homicidios, al punto de que "casi cada mes el vecindario del pueblo vio llegar al portal norte de la Plaza, el cadáver de una nueva víctima". De ello fue testigo, quizá, nuestro joven académico, pero lo fue también de ciertos progresos técnicos: la llegada del primer automóvil; el cine, establecido en 1933 y el advenimiento del telégrafo en 1935. Su tío, el padre Federico González, había regresado en 1937 y por gestión suya fue nuestro amigo a estudiar, desde septiembre de 1938, en el Instituto de Ciencias, que los jesuitas impulsan en Guadalajara, su secundaria y preparatoria que terminó en el verano de 1943. Conoció allí al doctor Felipe Pardinas y como profesor de Historia de México, en el segundo de secundaria, a don José Ramírez Flores, y desde el tercero y durante la preparatoria, recibió cursos de esa materia y de Historia Universal del padre José Bravo Ugarte, destacado miembro desaparecido de esta Academia. En febrero de 1942 celebróse allá —conmemorando el IV Centenario del asentamiento en el Valle de Atemájac— el V Congreso Mexicano de Historia que indudablemente inyectó mayor interés en su Historia Regional a la pequeña pero ilustre galaxia de historiadores jaliscienses, encabezada por nuestro compañero José Cornejo Franco. Por entonces, vuelto de Roma el padre Luis Medina Ascensio, organizó una Sociedad de Estudios Históricos con la que Luis colaboró e inició la publicación, en 1943, de una excelente revista de rubro análogo. Fue en dicha Sociedad, donde recibió lecciones de Metodología Hitórica en 1945, impartidas por Ramírez Flores y Medina Ascensio.

Desde septiembre de 1943, había iniciado estudios de abogado en la Universidad Autónoma de Guadalajara, pero tuvo que hacer un paréntesis, para cumplir con el servicio militar obligatorio, viniendo a la capital de México desde el principio de 1944 y permaneciendo aquí hasta el fin de ese año en que volvió a la de Jalisco. Durante su estancia acá impartió un curso de Historia de México en el Segundo Regimiento de Artillería. Había llegado, pues, a esta metrópoli cumplidos sus 18 años, cuando ocurrían en ella notables cambios y le habrán quedado recuerdos que ameritarían, acaso, ser evocados. Tornado ya a la Perla de Occidente, reanudó sus estudios de Leyes en 1945, pero no terminó el segundo año de la carrera, porque, estando al frente del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México el doctor Silvio Zavala, ofreció a la Institución en que se

preparaba Luis, becas para venir y estudiar en dicho Centro, al que ingresó el 1o de abril de 1946, aprobando 34 cursos y efectuando los trabajos de investigación requeridos, durante los años de 1946 y 1949. Estuvo por entonces, bajo la égida de Zavala y para una clase que él impartía, escribió, en 1946, *El optimismo nacionalista como factor de la Independencia de México*, que no se publicó sino hasta 1948. No fue éste el primer trabajo que dio a luz, pues ya antes había dado a conocer una "Historia de las Posadas de Navidad" en la revista *Tribuna* de Guadalajara, cuando estudiaba allá la preparatoria que, como hemos visto, terminó en 1943, y por aquellos años en que colaboraba con Ramírez Flores y Medina Ascensio en la Sociedad fundada por éste, escribió su primer trabajo — hasta ahora inédito— de historia local tapatía. Entre otros profesores suyos en el Centro, tuvo como tales al doctor José Miranda, que presentaba un panorama de la Historia Colonial del siglo XVIII y al doctor José Gaos que se ocupaba de la Historia de las Ideas durante el mismo siglo. En 1947 fue maestro suyo mi extraordinario discípulo Roberto Barlow y parece que en el mismo año participó con otros alumnos de El Colegio en una excursión a Tula que me fue encomendada. En 1948 y 1949 viajó, como complemento del primer y segundo curso de Historia del Arte en México que impartía don Manuel Toussaint, a los bajíos moreliano, guanajuatense y queretano en el primer año y a Puebla y Oaxaca en el segundo. Concluidos sus estudios, y siendo ya pasante, empezó a trabajar como investigador, desde 1950, en El Colegio de México y en esa fecha fue alumno oyente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en las cátedras de Historia de la Historiografía del doctor Edmundo O'Gorman y Filosofía de la Historia del doctor Leopoldo Zea. En diciembre de 1950 participó en el memorable Congreso de Historia celebrado en Guanajuato y León.

Como Zavala se había percatado de que su discípulo era ya —a pesar de su juventud— un historiador maduro, como lo mostraba su extenso y brillante artículo sobre "El optimismo nacionalista" publicado en 1948 y su amplio y atinado análisis sobre "Fray Jerónimo de Mendieta, pensador político e historiador", aparecido al fin de 1949, y también un pequeño esbozo acerca de "Lo mágico en la vida doméstica del siglo que presentó en el Congreso Científico Mexicano de 1951, procuró ponerlo en contacto con los más ameritados maestros franceses de la historia y la sociología, y obtuvo que, patrocinado por El Colegio de México y por el gobierno francés, fuera a Paris —donde residió de octubre de 1951 a mayo de 1952— para llevar clases en la Sorbona y realizar investigaciones en bibliotecas y archivos. Contó entre sus maestros a Bataillon, Braudel y Marrou, al sociólogo Gurvitch y a Merleau-Ponty que impartía un curso acerca de "El conocimiento del prójimo" —asunto tan grato a González y González, como lo transparenta su

conversación y se comprueba en *Pueblo en vilo*, o *Historia universal de San José de Gracia*, como habrá de intitularse la traducción francesa. Estuvo, además, en relación frecuente con Robert Ricard. Así pues, a sus 26 años entraba en contacto con uno de los mejores centros europeos para la forja de historiadores y recibía —pasante aún y todavía soltero— el fuerte influjo de la cultura y las costumbres parisinas. Apenas terminaba esa experiencia cuando —entre octubre de 1952 y febrero del siguiente año— visitó archivos, bibliotecas y museos en España, auspiciado también por El Colegio, pues su presidente, don Alfonso Reyes, le dijo que "no puede un mexicano dispensarse de conocer casi toda España". Ya en México había conocido a Jaime Delgado, quien le facilitó el acceso a algunos institutos de investigación y además viajó encarnizadamente con un boleto que le permitía recorrer hasta 10,000 kilómetros.

Regresado a México, en febrero de 1953, Zavala deseaba tenerlo como investigador en el Museo Nacional de Historia que dirigió hasta ese año en que hube de relevarlo, pero Luis se incorporó al equipo que, bajo don Daniel Cosío Villegas, elaboraba la monumental Historia Moderna de México, porque un mes antes —ignorando los propósitos de don Silvio— había aceptado una invitación que, para atraparlo —por sus evidentes méritos— le dirigió, persuasivo, don Daniel. Con él trabajó hasta 1956 para el volumen de Historia Social de la República Restaurada, y después en otras empresas, congeniando ambos hasta afianzar una inquebrantada y estrecha amistad. ¿Pueden, acaso, separarse las trayectorias de Mentor y Telémaco durante las dos últimas décadas?

Luis González y González siempre agradeció a Zavala la formación que le deparó y como testimonio, en su libro de homenaje, aparecido en ese año en que se apartó de su égida, publicó su estudio "Sobre la integración de la nacionalidad mexicana", pleno de atisbos valiosos. Agradecidamente recuerda al finado don José Miranda, guía en sus incursiones al ramo de Inquisición de nuestro Archivo General, de donde obtuvo los curiosos datos de su pequeño esbozo acerca de "Lo mágico en la vida doméstica del siglo XVIII", que se transformó en su excelente artículo -"El Siglo Mágico"— impreso antes que aquél, en 1952. Es, sin embargo, con Costo Villegas con quien ha colaborado, desde 1953, más permanentemente, y uno de los estudios más amenos de la caudalosa Historia Moderna de México —y hay algunos allí, que no se dejan leer fácilmente— es el que le sirvió de tesis para obtener el grado de maestro en Historia en examen del 31 de julio de 1956 —en que pertenecí al Jurado— bajo el rubro de "La tierra y

el indio en la República Restaurada". Es trabajo excelente por el que merecía un doctorado, más que una maestría. Divídese en dos partes: "El hombre y la tierra" y "El subsuelo indígena". Aún no cumplía su autor 31 años y ofrecía ya un trabajo que podría servir de modelo para investigaciones análogas. Al elaborar la primera parte, tuvo que hurgar ampliamente en las geografías e historias regionales, de modo que allí puede señalarse el comienzo de una etapa en que se vislumbra ya su entusiasmo apostólico por la microhistoria. La segunda parte atestigua, para el México indígena, un gran interés que acaso tuvo sus raíces en las tempranas enseñanzas recibidas de Ramírez Flores, en la secundaria de Guadalajara y posteriormente en las de Barlow, para cuya clase de "Historia antigua de México" escribió, en 1947, un estudio, aún inédito, sobre "Xochimilco prehispánico". Tanto el uno como el otro de estos maestros han sido microhistoriadores. Anotemos, como paréntesis, que tampoco ha visto la luz su investigación "El gremio de arquitectos de la Nueva España", realizada para el curso que en El Colegio impartió don Manuel Toussaint en 1949, quien —autor de libros como *Tasco* y *Pátzcuaro*— cultivó, asimismo, la microhistoria. Pues bien, a la altura de su trabajo de tesis, Luis alcanza pleno dominio de su oficio y ha creado ya su estilo literario, espontáneo y ameno, con incidencias de un leve humorismo, al principio casi imperceptible, pero que se ha venido acentuando cada vez más aunque hasta ahora sin caer en desequilibrio. Por reacción adversa a un estilo solemne, oratorio, o aburridamente serio, se ha inclinado a veces al otro extremo, pero deteniéndose a tiempo, sin dar un mal paso, pues no camina nunca de lo popular y regocijado a lo chocarrero y burdo, y pruebas de esto, abundan en su magistral *Pueblo en vilo*, que estaba en la forja durante su año sabático de 1967 y vio la luz en el siguiente, quedando como el más acabado modelo de investigación, reconstrucción y creación literaria en el ámbito mexicano de la microhistoria.

Entre 1953 en que acomete la elaboración de su tesis "La tierra y el indio en la República Restaurada" y 1968 en que sale a la pública crítica su "Historia universal de San José de Gracia", han transcurrido 15 años, que van de poco antes de sus 28 hasta sus 43. Una vez señalados los hitos decisivos hasta trasponer la treintena —en que para una generación acelerada y precozmente madura termina la "chaviza" y empieza la "momiza"— no hay necesidad de mencionar con igual pormenor los constantes avances, hasta alcanzar este honroso sitio, de nuestro más nuevo —aunque no más joven— académico. El más joven —nacido cuatro meses después que don Luis González y González, es el doctor Miguel. León Portilla, de quien hace años hice una semblanza, porque se me pidió que lo presentara al ingresar al Instituto Mexicano de Cultura, y empecé por

asegurar que era él quien debía presentarme a mi, pues era ya para entonces, por sus méritos y sus bien ganados triunfos, más conocido para los jóvenes. Y porque este discurso de bienvenida tiene un carácter parecido al de una presentación —tan innecesaria en este caso como en aquél al que acabo de aludir— recordaré que don Daniel Cosío Villegas, habiéndosele pedido que presentara al autor de *La tierra donde estamos*, al aparecer ese libro en 1971, dijo —como implícito homenaje a sus méritos— que

las cosas se van poniendo de tal manera que no descarto la posibilidad de que el día de mañana acuda a Luis González para que me presente en sociedad, en la sociedad de la historia y los historiadores y, sobre todo, en la de los lectores.

En efecto, bastará con aludir a otros pocos ejemplos de la formidable actividad creadora de Luis González y González : En el aspecto biológico, es padre de seis hijos, el primero de ellos nacido en el mismo año de 1956, en que vio la luz su tesis de Maestro en Historia. El 13 de julio del año anterior se había casado con Armida de la Vara, investigadora también, a quien quizá habrá conocido en un Congreso como el de Guanajuato en 1950 o en la Junta de Investigaciones Históricas, donde se forjaron otros matrimonios: uno de ellos el de Ernesto de la Torre y Esperanza Yarza. En cuanto al mundo de su especialidad, ha procreado Luis tantos hijos que —como en el caso del padre de fray Jerónimo de Mendieta, estudiado por él— no han sido menos de cuarenta— Artículos como "El agrarismo liberal" y "La sociedad jalisciense en vísperas de la Reforma" aparecen —muy enjundiosos— en 1958 y 1959 y desde dos días antes de 1961, hasta el 10 de marzo de 1962, surgen los tres monu Mendieta, estudiado por él— no han sido menos de cuarenta. Artículos co", vastísima bibliografía trabajada en colaboración con Guadalupe Monroy, Luis Muro y Susana Uribe desde julio de 1956, bajo su coordinación, y que lleva al frente una introducción de 62 páginas en que traza las siluetas de los más importantes bibliógrafos y la historia de sus realizaciones con tanta amplitud y acierto, que no es empresa fácil de superar. Este inventario —aunque limitado a libros y folletos, puesto que de periódicos y revistas se ocupan los dos volúmenes similares que dirigió Stanley Ross— es un arsenal de consulta indispensable para el estudio de la época que se inicia en 1910.

En el mismo año en que vio la luz el tercer tomo de esas "Fuentes", apareció el sustancioso artículo "Humboldt y la Revolución de Independencia" cuyo contenido está muy ligado al de la introducción que precede a la acertada compilación de documentos de "El Congreso de Anáhuac", impreso en 1963. Tanto en un trabajo como en el otro, Luis sigue el enfoque histórico-sociológico de las generaciones propugnado por Ortega y —con aplicación a México— por quien esto escribe, quien, precisamente por invitación de González y González, entonces secretario, junto con Berta Ulloa, de la Sociedad Mexicana de Historia, dio en agosto de 1953, en El Colegio de México una plática acerca de "Las generaciones en la historia de México", y brevemente aludió a esto mismo al fin de "Historia de México: una síntesis", obra escrita en colaboración con Alfonso García Ruiz e impresa en 1962. Luis reconoce esta aportación de quien hoy le da la bienvenida en su "Ensayo sobre los límites cronológicos de la época contemporánea en Hispanoamérica", incluido en los *Cahiers d'Histoire Mondiale* de 1964. En este año, ve también la luz "La expansión de Nueva España en el Lejano Oriente", y es que en él ha viajado de abril a junio, como delegado de la Secretaría de Relaciones y en compañía de su fiel Armida, por Japón, Hong Kong, Filipinas, Indonesia, Malasia, Siam, India, Egipto, Israel, Siria, Líbano, Grecia e Italia. Y ya que aludo a viajes, debo recordar que en 1960, auspiciado por la Fundación Rockefeller, visitó España, Italia, Austria, Alemania, Holanda, Bélgica y Dinamarca, Rusia, Finlandia, Suecia e Inglaterra, durante los meses de junio, julio y agosto. Y en 1966, patrocinado por El Colegio de México, recorrió poblaciones de Nuevo México y del occidente de Texas, y en otras ocasiones ha estado en otros lugares de Estados Unidos, y de Perú, Chile, Argentina y Uruguay.

Desde temprana edad, nuestro nuevo académico empezó a recorrer todo el mundo y de esa experiencia parece haber vuelto añorante de su "matria", San José de Gracia, y ahora definitivamente enamorado de la microhistoria. El gran viraje ocurre en 1967, su año sabático. Y de él resulta su obra más acabada —*Pueblo en vilo*, impresa en 1968, que le mereció el premio Haring— donde se aúnan los enfoques del ethnohistoriador, el etnógrafo, el sociólogo, y el novelista, se inventan métodos nuevos, haciendo amplio uso de la entrevista y, por tanto, de la historia oral, y se emplea un lenguaje informal pero preciso y ameno que convierte a ese libro en bien lograda creación literaria.

Y es por todo esto y muchísimo más que se queda en el tintero, por lo que esta Academia ha llamado a don Luis González y González a ocupar el

sillón vacante por la desaparición del maestro de la Historia del Arte Colonial y de la Microhistoria, el doctor Francisco de la Maza. Y es muy grato para mí ser el portavoz de esta Institución para recibir con los brazos abiertos a un amigo ejemplar, a un hombre modesto a pesar de sus triunfos, a un valor auténtico, joven aún como Miguel León-Portilla, y como él, maestro de tanta sabiduría dentro de las Ciencias del Hombre, para gloria de México.